

idea de que John Mayall destruye amplificadores?

En cuanto a la opinión sobre el conjunto The Moby Grape diferimos totalmente del autor y le recomendamos que escuche atentamente el segundo LP de este conjunto, *Wow*, especialmente el *jam session* para darse cuenta de lo que es su música.

El capítulo "Loners" destaca con mucha razón a Donovan como uno de los mejores cantantes de la escena musical de la actualidad, pero olvida mencionar entre las canciones iniciales para discos Hickory composiciones como "Catch the wind" y "Colours".

El siguiente capítulo "Move Over & let England take over" da la impresión de que el autor tenía prisa por acabar cuanto antes el ensayo, porque le dedica muy poco espacio a Jimi Hendrix, los Cream (¿lo estaba guardando para escribir sobre Angélica María?) si se toma en cuenta la importancia que estos músicos tienen en la actualidad. Olvida totalmente a los Hollies que son mejores que muchos conjuntos a los que menciona inútilmente en ciertas ocasiones. Además de eso, al hablar de los

Traffic hubiera sido más afortunada la mención del LP "Heaven is in your mind" o "Mr. Fantasy".

La última parte está dedicada al estudio de la música moderna en México, en particular a los Dug Dugs, Javier Bátiz y Angélica María. La inclusión de este capítulo en el ensayo no se puede objetar, aunque sí se le puede reprochar al autor cierta benevolencia con los dos primeros conjuntos. En cuanto al estudio dedicado a Angélica María, José Agustín se está jugando su prestigio de crítico y está lindando con lo ridículo. Mientras que a una cantante como Aretha Franklin se le dedica un párrafo, el espacio reservado a Angélica María, "la única cantante en México", es de varias páginas. El criterio del crítico ya no es objetivo y hay afirmaciones tan desafortunadas como la de que la versión de Angélica María de "Yo que no vivo sin ti", es mejor que la inglesa y la italiana. Por fortuna ni Dusty Springfield ni Pino Donaggio necesitaron de la opinión de José Agustín para que se les reconociera su talento. Absurda, desproporcionada, subjetiva, son los calificativos que se le pueden dar a esta parte del estudio.

samuel joseph agnon: juramento de fidelidad

Por Eduardo Naval

Este es el último libro publicado por Agnon antes de que le fuese concedido el Premio Nóbel de 1966. Son dos extraordinarias novelas cortas que por desgracia no fueron traducidas directamente del hebreo, sino de la edición inglesa de Tel-Aviv. Es el tercer libro de Agnon que publica la editorial, y curiosamente aquí ha tenido muy poca demanda en librerías a diferencia de España, donde, según noticias, ha sido *best-seller* durante varios meses. Es posible que esto se deba a la ausencia casi total de crítica que ha habido alrededor de este autor.

Debe ser un premio llegar a la vejez y poder mirar el mundo con la sencilla tranquilidad y el diáfano cariño con que Agnon lo hace. Un premio señalado y que se concede a muy pocos. Un hombre que casi a los ochenta años puede sentarse a escribir y llamar a las cosas por su nombre, y ver que el nombre es perfecto, que ya ha sido dado y sin embargo puede conmovir porque es nuevo cada día, y que el hombre puede utilizarlo como un dios para ceñir con él el mundo que le rodea, es sin duda un virtuoso. Un "virtuoso" como León Felipe y en el sentido en que éste lo usa, con la diferencia de que Agnon ha logrado sacudirse la rabia porque recobró la patria y León Felipe no lo logró.

Sobre todo un *Juramento de fidelidad*,

Agnon contempla el mundo con la tranquilidad y satisfacción de un *pater familia*, y puede hacerlo así porque se sabe fundador de una familia sólida arraigada en su tierra, porque se sabe heredero de una tradición que impregna más de veinte siglos de cultura, porque sabe que su raza es la misma, pero está cambiando y hay que defenderla y la defiende. Pese a que esta obra transcurre tiempo antes de la primera guerra mundial, Agnon habla de Jaffa como de algo ya muy propio, una tierra que respira judaísmo por sus cuatro costados y tendrá que volver en muy poco tiempo a manos de sus únicos legítimos poseedores. Es en este cuento donde hay un pequeño diálogo profundamente doloroso que caracteriza la tensión y desarraigo de los judíos de la diáspora antes de 1948: "Algunos turistas con los que he hablado (dice uno de los personajes) durante el viaje no quedaron muy bien impresionados por Jerusalén. Suciedad y mendigos, dijeron. Sólo mendigos y suciedad. —¿Eran turistas judíos o cristianos?, pregunta el personaje principal—. ¿Qué importa? También para los cristianos es una tierra santa. —Sí, pero ellos tienen sus propias tierras." Y en esta última frase se encierra posiblemente la expresión más sobria y contenida del dolor de

cualquier exilado, más aún el del judío, exilado perpetuo.

Los personajes van siendo descritos con toques mínimos, con alusiones ciertas y con un pequeño resumen (nunca más de una página) de sus antecesores. La atmósfera de Jaffa está perfectamente descrita, con su mezcla abigarrada de nacionalidades, con su clima tropical, sensual y denso, y con las actividades que se desarrollan en la ciudad. Toda la narración está transida de un hálito de irrealidad, de un ambiente mágico que en forma paradójica dota a los personajes de veracidad. El único detalle que podría parecer falla gravísima, si se ve con mala intención, es el final del cuento, en el cual Agnon en vez de dar un desenlace diluye la acción con un procedimiento mágico también. Podría ser falla, si no se tiene en cuenta que al crear un mundo tan plásticamente irreal hay que saber llevarlo hasta su extrema consecuencia, que es lo que Agnon hace. A través de las 172 páginas de *Juramento de fidelidad* se mantiene en forma perfecta el mundo expuesto, pero inevitablemente si tratase de ser llevado más allá, al cabo de unas pocas hojas se derrumbaría sin dejar el impacto del virtuosismo anterior.

La segunda novela, *Edo y Enan*, también se desarrolla en un mundo fantástico, sólo que esta vez corresponde al Jerusalén de la segunda posguerra. Con toques cientificistas totalmente logrados nos cuenta una historia de talismanes y amuletos que provienen de literaturas antiguas. En esta novela no hay escapismo final y lo irreal del suceso sí puede tener un desenlace o más bien conclusión. Tiene varias citas bíblicas mezcladas en las conversaciones, que nos recuerdan, como fenómeno, a lo que ocurre en castellano con ciertas frases de autores clásicos que han venido a incorporarse a la lengua diaria. Esta segunda parte del libro posee mayor densidad en lo que se refiere al manejo de ideas o de fondo filosófico. Una de las más significativas sería: "Ninguna explicación puede afectar al problema, ninguna exposición de causas, alterarlo. Estas no son más que las opiniones que la gente emite para ejercitar su ingenuidad en palabras sin significado alguno en casos que no pueden ser resueltos, en acaecimientos para los que no existe consuelo."

Todo lo anterior es un acercamiento, mezquino y mutilado, a este libro. No es más que la enumeración de algunos de los puntos significativos de la obra que merecerían ser estudiados con mayor detalle y en forma más amplia. En el tintero se quedan muchas cosas más, como serían el espíritu religioso, el poeticismo que recorre toda la obra, la nostalgia, la historia del pueblo de Israel y tantos otros. Esperemos que alguien haga en nuestro idioma una valoración justa y profunda de este autor.

Samuel Joseph Agnon, *Juramento de fidelidad*, *Edo y Enan*, Plaza y Janés, Barcelona 1967, 271 pp.